

En Doiro,
antr'o Porto e Gaia

Estudos de Literatura Medieval Ibérica



Organização

JOSÉ CARLOS RIBEIRO MIRANDA

revisão editorial

RAFAELA DA CÂMARA SILVA



estratégias criativas

PORTO

En Doiro, antr'o Porto e Gaia

Estudos de Literatura Medieval Ibérica





ASPECTOS FORMALES DE UN BREVE RELATO DE VIAJE INSERTO EN UNA CRÓNICA Y CONSIDERACIONES SOBRE LA CONFIGURACIÓN DEL GÉNERO EN LA EDAD MEDIA

SOFÍA M. CARRIZO RUEDA

Universidad Católica Argentina

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet)

smcarrizueda@gmail.com

En una presentación del *Tractado de las Andanças e Viajes* de Pero Tafur, subrayaba Francisco López Estrada sus «méritos suficientes para ser considerada como una de las mejores piezas europeas de su tiempo»¹. Por mi parte, he encontrado en sus características, una suerte de paradigma del género «relato de viajes», que puede aplicarse como referencia formal no solo para el análisis de aquellos que pertenecen a la baja Edad Media sino, también, a otros que se sitúan en diferentes cruces espaciales, temporales y culturales². Pero como consecuencia de estos y otros reconocimientos de la importancia del libro, cuya finalización se ha datado alrededor de 1454, queda abierto un interrogante: ¿cómo un autor que no da muestras de tener un seguro dominio de la escritura, pudo elaborar una obra de tal calibre sin contar, por lo menos, con la guía de una asentada tradición en castellano de discursos de este tipo?

Una problemática de esta índole resulta significativamente avalada por la advertencia de Miguel Ángel Garrido Gallardo: «[un género] ha conocido un desarrollo paulatino hasta llegar a configurar unos rasgos específicos»³. Por tales razones, nuestra propuesta consiste en tratar de rastrear distintos aportes que por las redes de su contexto discursivo, pueden haber concurrido en la construcción de las memorias viajeras de Tafur, así como algunas circunstancias de composición propias del texto tal como hoy lo conocemos.

CUESTIONES PRELIMINARES

Uno de los antecedentes indudables lo constituye la *Embajada a Tamorlán*, el otro extraordinario relato de viajes del siglo xv castellano, cuya redacción para presentar ante

1. *Andanças e viajes de un hidalgo español. Pero Tafur (1436-1439)*, ed. de Marcos Jiménez de la Espada y presentación bibliográfica de Francisco López Estrada, Barcelona, El Albir, 1982, p. IX*.
2. Sofía M. Carrizo Rueda, *Poética del relato de viajes*, Kassel, Reichenberger, 1997, pp. 59-148.
3. Miguel Ángel Garrido Gallardo, *Nueva introducción a la teoría de la literatura*, Madrid, Síntesis, 2004, p. 311.

el rey, se ha situado en torno a 1406. Tafur declara haber tenido contacto directo con los testimonios de sus autores: «e vieron cosas bien extrañas por el camino e en casa del taturbeque según ellos dizen ciertamente»⁴, lo cual autoriza a deducir que nuestro viajero conoció y utilizó como guía de escritura, el texto de los embajadores enviados a oriente por Enrique III. Pero sin negar la importancia que parece revestir esta influencia, cabe matizarla con dos objeciones. La primera de ellas es que un solo texto, por relevante que sea, no es equiparable a un «desarrollo paulatino» para la constitución de un modelo genérico. La otra objeción radica en que si bien ambos libros presentan similitudes, también hay diferencias como ciertos aspectos que solo se encuentran en *Andanzas y viajes*. Entre ellos se destacan, por ejemplo, un relato de peregrinación a Jerusalén, la insistencia – desde el prólogo y luego, casi como *leit-motiv* – en la necesidad de cultivar las tradicionales virtudes caballerescas, y el cruce de esta isotopía con otra que trazan las frecuentes referencias al comercio y a la prosperidad que su desarrollo puede generar. Sobre la importancia de dicho cruce volveremos más adelante.

Hay otra cuestión a la que tendremos que dedicarle más espacio porque se relaciona, directamente, con la historia del manuscrito que ha llegado a nosotros. El único que se conserva, se encuentra en la Biblioteca Universitaria de Salamanca (Ms. 1985), y está separado del original por alrededor de dos siglos y medio pues se trata de una copia manuscrita del siglo XVIII. Marcos Jiménez de la Espada publicó en Madrid, en 1874, una edición que ha sido considerada por Miguel Ángel Pérez Priego, «bastante rigurosa y fiel»⁵, y que es la que con ciertos ajustes – los últimos, de Pérez Priego – se continúa utilizando, dado que los proyectos para realizar ediciones más modernas han tropezado con diferentes dificultades que no se han podido resolver. Estas circunstancias y la propia lectura del texto llevan a postular la presencia de varias manos en la redacción del manuscrito de Salamanca. Por mi parte, he llegado a identificar seis intervenciones, basándome, solamente, en el grado de presencia y de solvencia respecto al uso de algunos recursos retóricos. Dichas intervenciones van desde notas escuetas – atribuibles a un diario contemporáneo al viaje –, hasta la inclusión de un muy elaborado relato, en primera persona, que Niccolò da Conti hace a Tafur sobre su estadía en la India. Entre unas y otra, varios fragmentos donde los intentos por recurrir a la retórica se presentan más vacilantes que en la narración del viajero italiano, así como diversas características que distinguen a unos segmentos de otros, ejemplifican, a mi juicio, una serie de diferentes intervenciones en el texto que conocemos⁶. Ante esta situación, parecería inútil cualquier intento por acercarse a cuestiones planteadas por el desconocido original del siglo XV. Sin embargo, esas variaciones textuales están lejos de manifestarse a través de una configuración que facilite la identificación de bloques independientes entre sí. Por el contrario, todo el libro está cruzado por marcas de unidad que permiten postular una planificación general entre

4. Pero Tafur, *Andanças e viajes*, ed. Miguel Ángel Pérez Priego, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2009, p. 144.

5. Cf. Pero Tafur, *Andanças e viajes*, ed. Pérez Priego, p. XLIII.

6. Cf. Carrizo Rueda, *Poética del relato de viajes*, pp. 140-146.

las notas propias de un primitivo diario del viaje; y, además, este esbozo de propósitos deriva en una estructura que, a pesar de sus nexos débiles, actúa como el asiento para el desarrollo de todo el *Tractado*.

Resumo las marcas de unidad que he identificado:

a) Las etapas del itinerario – recurso organizador del discurso utilizado por muchos autores de relatos de viajes, aunque no siempre de conformidad con un recorrido factible⁷ –, en el libro de Tafur resultan de una continuidad coherente y comprobable, a pesar de lo largo y complicado del periplo.

b) Una referencia previa, que puede encontrarse muy alejada, se suele retomar con diferentes fines. Son, los más frecuentes, el desarrollo de un tema cuyo tratamiento más amplio se había anunciado – por ejemplo, la descripción de Florencia⁸ –, la información sobre un nuevo objeto mediante la remisión a elementos registrados con anterioridad – por ejemplo, recordar las casas genovesas como medio para describir las de Ancona⁹ –, o intentar que no se pierda el hilo del relato retomando una situación ya mencionada – los numerosos casos que se introducen con la expresión «como dije» –.

c) A lo largo del libro, se reitera la apelación a las expectativas profundas de su horizonte de lectura – la clase caballeresca castellana de mediados del siglo xv, a la que pertenecían el autor y Fernando de Guzmán, el destinatario de la obra – de tal modo que cuestiones y conflictos relacionados con el papel de la nobleza en diversas sociedades pautan una alternancia clímax-anticlímax a lo largo de todo el libro¹⁰. Sin embargo, debemos retomar en este punto, la anunciada cuestión del cruce de dos isotopías. En los relatos de viaje, la selección y configuración de los elementos de las diversas descripciones – recordemos que en este tipo de discurso abarcan, también, a las acciones –, generan redes isotópicas que construyen, finalmente, determinado «modelo de mundo». En este caso, la obra trata de proponer, desde el prólogo, una sociedad ideal donde la nobleza de sangre se correspondería con una nobleza moral, la cual resultaría de la suma de las virtudes cristianas y del sentido del honor caballeresco. Consecuentemente, sus miembros serían los más indicados para desempeñar, a conciencia, la función gobernante. Pero, eso sí,

7. Recuérdese, por ejemplo, el caso del *Libro del Conosçimiento*, cuyo itinerario es denominado por Pérez Priego como «ficticio e imposible». Pero Tafur, *Andanças e viajes*, ed. Pérez Priego, p. XV.

8. Véase en *ibidem*, el anuncio de la descripción en p. 24 y el desarrollo de ésta en p. 244.

9. Véase en *ibidem*, p. 19 (Génova) y p. 164 (Ancona).

10. He analizado, por ejemplo, el episodio donde Tafur descubre los supuestos orígenes imperiales de su linaje, el cual constituye, a mi juicio, un momento de clímax narrativo por tres razones: a) el relato se asemeja mucho al del encuentro con los orígenes que resulta decisivo para los protagonistas de las ficciones caballerescas; b) la suerte corrida por un emperador que no favoreció a los caballeros se erige en advertencia contra tales conductas y c) está ubicado en la parte central del libro. Véase mi análisis de este fragmento así como de otros, en el mismo sentido, en *Poética del relato de viajes*, pp. 91-100.

quienes la asumieran deberían mostrarse dispuestos a indagar por los cuatro puntos cardinales cómo se hace más felices a los pueblos¹¹. La utopía que subyace a este «modelo de mundo», facilita, a mi juicio, que pueda conjugarse una constante defensa de la preeminencia del estado de caballería con frecuentes loas a las actividades comerciales que han enriquecido a algunas naciones, y que se presenten, incluso, ejemplos de conducta intachable tanto entre nobles como mercaderes¹².

Propongo, en consecuencia, que consideremos ciertos aspectos del relato de Tafur, en cuanto componentes de un núcleo originario, pasible de ser abordado desde cuestiones relativas a teoría literaria. Se trata de:

- 1) Materiales culturales, sociales e históricos como testimonios de pertenencia a un tiempo de la enunciación situado a mediados del siglo xv castellano.
- 2) Diferentes ejes organizadores del desarrollo del discurso a lo largo del libro, como el itinerario, las referencias temporales y las isotopías que construyen un modelo de mundo.
- 3) Elementos formales aplicables a la categoría genérica «relato de viaje», sobre los que será preciso volver más tarde.

EL DISCURSO CRONÍSTICO EN DIÁLOGO CON EL DE LOS RELATOS DE VIAJES

Retomaremos, entonces, las cuestiones que atañen a la averiguación de antecedentes que confluyeron en el *Tractado* de Tafur, a través de una presencia de rasgos específicos del género relato de viajes articulados en un discurso considerado modélico desde diversas perspectivas y semantizado con referencias a situaciones, hechos y personajes de tres continentes, entre 1434 – fecha del inicio del viaje – y 1454 – fecha posible de la finalización del texto –, aproximadamente.

Uno de los más probables de dichos antecedentes es la utilización de una guía para peregrinos a Jerusalén que haya sido reproducida, en buena parte, en el fragmento dedicado a la estada en Tierra Santa, el más árido de todo el libro. Se caracteriza porque los datos se van acumulando de forma monótona, en una mezcla que, sin jerarquización alguna, registra precios y enumera sitios de devoción. No se perciben muestras de emoción religiosa, cosa que sí ocurrirá en otros momentos aunque los objetos descriptos no revistan la trascendencia de los Santos Lugares. Falta, incluso, ante una desgracia como el accidente en el que muere un peregrino, la emoción simplemente humana, otro aspecto que, también, aparecerá más adelante¹³. No es difícil suponer que en este segmento, el autor ensambló las escuetas anotaciones de su diario con los datos de una guía, sin consumir una verdadera elaboración ¿Acaso, durante los años dedicados a la redacción –entre el regreso, en 1439, y la fecha aproximada de la conclusión, en 1454 –, el viajero fue puliendo con más atención sus me-

11. Cf. el prólogo en Pero Tafur, *Andanças e viajes*, ed. Pérez Priego, pp. 5-7.

12. Véase mi análisis en *Poética del relato de viajes*, pp. 107-112.

13. Véase el relato de la peregrinación en Pero Tafur, *Andanças e viajes*, ed. Pérez Priego, pp. 57-70.

morias? También podría haber ocurrido que, abrumado por la tarea a la que se enfrentaba cuando iba dando a sus notas primigenias la forma de un libro, luego de algunos intentos cuyas huellas podrían rastrearse en estos segmentos de elaboración más simple, el autor buscó colaboradores con más experiencia en la escritura. Después de todo, algo similar parecería haber ocurrido con la *Embajada a Tamorlán*. Al respecto, tras recoger varias opiniones de quienes desconfían de que Rui González de Clavijo haya sido su único autor, dice Joaquín Rubio Tovar:

«No parece en efecto lógico atribuir a un solo autor un texto tan rico y complejo. Las informaciones relacionadas con las más variadas materias, las traducciones de Mahomad Alcagí [el embajador enviado por Tamorlán para acompañar a los españoles], las explicaciones del clérigo [el maestro de teología Alonso Páez de Santa María], etc. suministran el material que como se dice en el prólogo convenía poner por escrito»¹⁴.

De todos modos, haya sido resultado solo del esfuerzo del propio Tafur o – lo más probable – de la fusión, en mayor o menor grado, con colaboraciones ajenas, entiendo que el texto presenta, desde un abordaje de su constitución genérica, las influencias de otros códigos discursivos. Propongo considerar las siguientes dentro de un corpus que continúa abierto:

Guías y portulanos.

Crónicas.

Literatura doctrinal.

Tratados considerados de carácter científico como la *Historia Natural* de Plinio.

Relatos de aventuras caballerescas.

La *novella*.

Estas influencias podrían haber llegado al texto a través de diferentes canales. Por ejemplo, por lecturas individuales y solitarias. Pero, asimismo, por las lecturas grupales en voz alta que complementaban la formación y la información sin depender de largas horas de retiro en una biblioteca. Precisamente, López Estrada llama la atención sobre el prólogo-dedicatoria de Tafur a Fernando de Guzmán: «Plégavos leer mi tratado, oír mis trabajos en diversas partes del mundo». Y subraya respecto a estas prácticas: «Otra vez encontramos la doble indicación de *leer-oír*»¹⁵. Me parece significativo tomar en cuenta las lecturas escuchadas porque parecen más adecuadas vías de conocimientos varios para los nobles inquietos y activos como Tafur que las del aislamiento concentrado y silencioso. También, podemos conjeturar que estos dos canales se bifurcaban en distintas lenguas, como el latín y el italiano, vehículos de cultura nada ajenos a los hombres del entorno de Juan II, y que le habrían facilitado la comunicación al viajero durante su largo

14. Joaquín Rubio Tovar, *Libros españoles de viajes medievales*, Madrid, Taurus, 1986, p. 72.

15. Francisco López Estrada, *Libros de viajeros hispánicos medievales*, Madrid, Ediciones del Laberinto, 2003, p. 107.

periplo. Esto, sin obviar la presencia del aragonés. En definitiva, no existen inconvenientes para suponer que las lecturas solitarias o en reuniones, los aportes a través de lenguas que alternaban en el medio sociocultural con el castellano, y la fusión de las memorias de Tafur con probables colaboraciones, permitieron que diferentes códigos discursivos, como los que antes hemos enumerado, se fueran cruzando en una situación a la que resulta aplicable una indicación de Garrido Gallardo:

«Parece claro que el surgimiento de un género es siempre fruto de lo individual y lo social. El autor alumbró nuevas fórmulas en virtud de posibilidades que le aparecieron en su momento y esas nuevas formas se consolidan si hay un público (entonces o más tarde) que les presta la debida atención»¹⁶.

No es mi propósito, por supuesto, atribuir a Pero Tafur la intención de dar forma en castellano a un renovado modelo genérico para los relatos de viaje. Pero lo que sí me parece concebible es que la propia materia del *Tractado* requería variadas formas para poder plasmarse, y que el acceso a ellas estaba oportunamente despejado por las coordinadas socioculturales del contexto de los años de la redacción.

Como aproximación a los aportes con los que otros códigos discursivos pueden haber contribuido a una consolidación de rasgos propios del género «relato de viajes», tal como lo ejemplifica el *Tractado* de Tafur, incluiré algunas observaciones sobre el breve relato de un viaje que se encuentra en la Crónica de Juan II.

Se trata del capítulo II, del año 1437¹⁷. Es decir, que pertenece a la *Refundición*, el texto que Lorenzo Galíndez de Carvajal atribuyó a una revisión de Fernán Pérez de Guzmán y que terminó de fijar para la imprenta en 1517, con el fin de entregarlo al rey Carlos I¹⁸. Se trata del tercer tramo de la *Crónica de Juan II*, y abarca desde el año 1435 hasta el fin del reinado por la muerte del monarca, en 1454¹⁹. Este tramo final reúne varias características que nos han interesado, particularmente, para nuestros propósitos. Señala Gómez Redondo que, a partir de 1435, aparecen una serie de cambios respecto a los dos tramos anteriores y que uno de ellos es que «la Crónica asume la prioridad de marcar el itinerario del rey, algo que hasta ahora, no se había hecho»²⁰. Asimismo, subraya que esta tercera parte:

16. Cf. Garrido Gallardo, *Nueva introducción...*, p. 312.

17. Cf. «Crónica del rey don Juan, segundo deste nombre en Castilla y en León», en *Crónicas de los Reyes de Castilla. Desde don Alfonso el Sabio hasta los Católicos don Fernando y doña Isabel*, ed. Cayetano Roseel, (BAE), Madrid, Atlas, 1953, vol. II, pp. 533-534.

18. Téngase en cuenta que una alusión a Fernando el Católico anterior a su muerte, en 1516, demuestra que Galíndez ya trabajaba varios años antes de la publicación. Cf. Fernando Gómez Redondo, *Historia de la prosa medieval castellana*, Madrid, Cátedra, 2002, vol. III, pp. 2240-2243.

19. Cf. *ibidem*, pp. 2211-2212.

20. Cf. *ibidem*, p. 2244.

«[...] da muestras de una mayor heterogeneidad a la hora de acoger noticias o de interesarse por los sucesos más variados de que pueda dar cuenta; aún manteniéndose los principales núcleos temáticos ligados al itinerario de los mismos protagonistas, a los que se incorpora el príncipe don Enrique con su séquito cortesano [...], se privilegian relatos particulares de caballeros andantes que viajan de una corte a otra para encontrarse presentes en competiciones y justas [...], se acogen datos curiosos vinculados a prodigios de la naturaleza como el frío extraordinario que en la provincia de Guadalajara heló la tierra [...] o verdaderos *mirabilia* como [una lluvia de piedras gigantes que, sin embargo, pesaban como plumas]»²¹.

Puede apreciarse, por lo tanto, la importancia que cobran en este tercer tramo, los viajes así como ciertos aspectos propios de aquellos relatos destinados a recogerlos. Gómez Redondo señala, además, que

«[...] cada epígrafe, en la mayoría de los casos, posee una unidad argumental y su relato es cincelado con toda independencia con respecto al conjunto de la *Crónica*; hay así episodios de una gran fuerza narrativa que adquieren singularidad por su propio desarrollo textual»²².

Es este rasgo de la estructura el que nos ha permitido «recortar» un relato de viajeros que ocupa todo dicho capítulo II y que comienza y concluye dentro de sus límites. Veremos la introducción:

«El Rey se partió de Ayllón é continuó su camino para la villa de Roa donde tenía determinado de dar orden como se cumplía lo capitulado en la concordia de las paces que se hiciera en la cibdad de Soria, é para que el Príncipe Don Enrique su hijo se fuese á desposar con la Infanta Doña Blanca, hija del Rey Don Juan de Navarra. Y el Rey se hubo de detener cerca de tres meses en Roa, así esperando a algunos Grandes que había embiado llamar, como por dar orden en algunas cosas que mucho complían a su servicio. En este tiempo Diego de Valera, doncel del Rey, tomó licencia de Su Señoría para ir fuera del Reyno con sus cartas para algunos Principes, é se partió de Roa en diez y siete días de Abril del dicho año»²³.

A partir de este dato cronológico, el relato registra el itinerario de Valera por Francia y Bohemia, marcando otros señalamientos temporales, mencionando los sucesos más relevantes y destacando la buena acogida por parte de Alberto, rey de romanos, Hun-

21. Cf. *ibidem*, p. 2261.

22. Cf. *ibidem*, p. 2261.

23. Cf. *Crónicas de los Reyes de Castilla...*, ed. Roseel, vol. II, p. 533, col. a.

gría y Bohemia, por llevar las cartas de Juan II. Desde los primeros momentos en esta corte, Valera demuestra ser un cumplido caballero porque acepta acompañar al rey en su campaña contra los husitas pero rechazando cualquier recompensa económica. Hay una breve descripción del importante pertrecho que el rey le envía como muestra de reconocimiento – «le embió una tienda é un chariote toldado, é un caballo que lo tirase é dos hombres que la gobiernasen e armasen la tienda»²⁴ – y a continuación, se incluye el que se presenta como hecho central de aquella visita. Ocurre que en una cena donde se encuentran el rey, Valera y varios caballeros, uno de ellos dice al monarca que él ha visto colgada en una iglesia de Portugal, la bandera de Castilla que fue ganada en una batalla por los portugueses y que, en consecuencia, el rey de Castilla no puede llevar la bandera real en sus armas. El caballero habla en alemán y Valera no entiende todo pero sí algo de la intención. El rey percibe su inquietud y hablando con él en latín, le reproduce todo lo dicho. Con la autorización real, Valera explica muy cortés y pormenorizadamente al caballero, por qué una «bandera de dignidad» como la que lleva el rey de Castilla no se pierde nunca y que él está dispuesto a sostenerlo por las armas. El rey le da la razón y proclama que «no solamente era caballero mas caballero é Doctor» y el alemán no se limita a pedir disculpas, sino que, alabando de paso al rey de Castilla, dice alegrarse por haber aprendido algo nuevo²⁵. Valera pasa a formar parte del Consejo real y, finalmente, regresa con tres divisas que le otorga el rey Alberto. Cuando llega a Castilla donde el Conde de Gijón, que se le ha adelantado, ya ha contado todo, recibe de Juan II la divisa del collar del escama –otorgada a muy pocos – y otras mercedes más. El capítulo concluye refiriendo que el rey «mandó que dende adelante le llamasen Mosen Diego, é después siempre le dio honrosos cargos en que le sirviese»²⁶. A continuación, el capítulo siguiente comienza dando cuenta de la partida del rey, de Roa para Burgo de Osma.

Hay por lo tanto, una especie de estructura de «muñeca rusa» donde una etapa del itinerario de Juan II sirve de marco al itinerario y las andanzas de Valera por el centro de Europa. Es en éste en el que nos detendremos, y tomaré como punto de partida, el paradigma que he propuesto en mi *Poética des relato de viajes* (cf. p. 28) como referencia formal para el abordaje del género.

Se trata de un discurso narrativo–descriptivo en el que predomina la función descriptiva como consecuencia del objeto final que es la presentación del relato como espectáculo imaginario de cierto «modelo de mundo». Las descripciones que van configurando este espectáculo recogen desde informaciones sobre los más diversos objetos y lugares hasta las mismas acciones de los personajes, las cuales se constituyen, en realidad, en etopeyas. Debido a su inseparable estructura literario–documental, el material se organiza alrededor de núcleos de clímax que, en última instancia, derivan de un principio de selección y jerarquización

24. Cf. *ibidem*, p. 533, col. a.

25. Cf. *ibidem*, p. 533, col. b.

26. Cf. *ibidem*, p. 533, col. b - p. 534, col. a.

situado en el contexto histórico y que responde a expectativas y tensiones profundas de la sociedad a la que se dirigen.

La conducta de Valera corresponde, indudablemente, al retrato moral de un caballero que lucha por honor y no por retribución económica, fiel a su rey, suficientemente cultivado como para hablar perfectamente el latín, entender algo de alemán y saber fundamentar su postura citando el tratado *De insignis et armis*²⁷, y capaz de dar muestras tanto de cortesía como de firmeza a la hora de defenderla. Pero este retrato está rodeado, a su vez, por descripciones de otras acciones, como la de la conducta aprobatoria y deferente del rey Alberto, la del humilde reconocimiento de su error por parte del caballero alemán, la actitud respetuosa y laudatoria de ambos respecto a Juan II de Castilla y, como marco del episodio, las actividades de éste mismo que manda a llamar a Grandes de España y da órdenes «en algunas cosas que mucho complían á su servicio». Las virtudes de Valera «caballero é Doctor» no aparecen, por lo tanto, como un ejemplo aislado sino que construyen un discurso sobre un mundo donde Castilla y su rey se han ganado el respeto y el homenaje en otras cortes, mientras el propio Juan II da muestras de su autoridad en el regimiento del reino. La descripción de objetos también se integra en esta constelación porque el pertrecho ofrecido a Valera se constituye en un reconocimiento indirecto a la corte de la que es digno embajador.

Tenemos que revisar ahora, la segunda parte de los aspectos formales propuestos. Es decir, los núcleos de clímax que derivan de un «principio de selección y jerarquización situado en el contexto histórico y que responde a expectativas y tensiones profundas de la sociedad a la que se dirigen». En este caso, sabemos que la fortaleza y la autoridad atribuidas por este relato a Juan II no conciben con la fama y las acciones del rey ni con las convulsiones que éstas produjeron en su reinado. Los testimonios abundan en las dos primeras partes de esta misma crónica y, al respecto, puntualiza Gómez Redondo:

«No hay mejor medio de calibrar la distancia que existe entre este tercer tramo de la *Crónica* y las dos primeras partes que reparar en la distinta imagen que se ofrece de Juan II. En cuanto se entra en el año de 1435, desaparece toda hostilidad hacia su figura, aunque se mantengan algunas pinceladas críticas hacia sus indecisiones. Ello no obsta para apreciar el esfuerzo que se realiza por concretar los signos del poder de que debía investirse el monarca castellano»²⁸.

El estudioso también destaca la presencia de «una dimensión doctrinal que coincide con los valores de esa unidad de reinos que consuman los últimos Trastámara, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón»²⁹. Y, asimismo, subraya el peso decisivo en este entramado, de la intervención de Valera:

27. Cf. *ibidem*, p. 533, col. b.

28. Cf. Gómez Redondo, *Historia de la prosa medieval castellana*, pp. 2243-2244.

29. Cf. *ibidem*, pp. 2241-2242.

«La inclusión de cartas y documentos oficiales, transcritos al pie de la letra, será una de las pautas esenciales de este tercer tramo cronístico, así como la necesidad de recuperar un orden moral, fiado a los discursos y epístolas de Mosén Diego de Valera, uno de los artífices del pensamiento político de los Reyes Católicos»³⁰.

Entiendo que podemos deducir, en consecuencia, que este episodio constituye un «núcleo de clímax». Pero no por los aspectos particulares de un enfrentamiento entre dos caballeros que podría haber terminado en duelo, sino porque en dicho enfrentamiento lo que se juega y se salda con la victoria a través de las palabras del sabio Valera es, en definitiva, el respeto y la reverencia que Juan II y Castilla aparecen suscitando ante otros poderosos de la tierra.

Nos falta revisar la cuestión de la interacción entre los aspectos literarios y los documentales. Respecto a éstos últimos, se presentan como fiables las fechas, los itinerarios de Juan II y de Valera – más allá de algún ajuste sin importancia –. También sabemos que responden a criterios de veracidad las referencias a la estatura intelectual de Valera. Y, además, hay que contar con la intención de destacarlas como las de digno embajador de un monarca cuyas cualidades letradas fueron reconocidas por cronistas e intelectuales de las más diferentes ideologías. Incluso por acérrimos enemigos de Juan II como Pérez de Guzmán, que en la penúltima de las semblanzas de *Generaciones*, encarece su conocimiento de la lengua latina, su preocupación por solicitar obras eruditas a Alfonso Fernández de Madrigal y a Alfonso de Cartagena, el encargo de traducciones para cultivo de su corte y su pericia en las artes poéticas³¹.

Los problemas surgen, precisamente, con el suceso central que protagoniza Valera durante la cena regia, porque las dudas alrededor de la veracidad de este episodio ya aparecen en el texto para la imprenta de 1517, tal como consignan las ediciones posteriores: «Galíndez nota que este capítulo no se toca por ninguno de los escritores de esta crónica; y añade que sospecha ser adulterino»³². ¿Estamos, acaso, ante una historia donde prevalece la ficción aunque construida de tal modo que parezca un testimonio auténtico de determinadas ideas rectoras de la tercera parte de la crónica? Este tipo de recurso no es ajeno a los relatos de viajes. Tafur, por ejemplo, desarrolla una narración en torno a dos estatuas romanas que intrigó a los historiadores porque no podían encontrar ningún vestigio de ellas. Pero el análisis del discurso, a mi juicio, demuestra que es una suerte de *exemplum* sobre la necesaria preeminencia de los nobles sobre los villanos – una de las ideas que, como se ha dicho, vertebra el *Tractado* –, y que, además, la presunta veracidad de la existencia de las estatuas queda fuertemente impugnada por un grueso anacronismo³³.

30. Cf. *ibidem*, p. 2212.

31. Cf. *ibidem*, p. 2203.

32. Cf. *Crónicas de los Reyes de Castilla...*, ed. Roseel, vol. II, p. 533, n. 1.

33. Véase mi análisis en *Poética del relato de viajes*, pp. 87-88. Asimismo, en una obra anterior en muchos siglos a la de Tafur, el *Viaje a Brindisi*, de Horacio, puede comprobarse con qué

La conclusión que propongo como resultado de los diversos asuntos que se han ido revisando es que los aspectos formales de un modelo genérico del «relato de viajes» y su semantización en texto tan complejo como el de Pero Tafur, pueden considerarse como una confluencia de distintos tipos de discurso que a mediados del siglo xv, en Castilla y en el resto de Europa, recurrían frecuentemente al viaje como motivo o tema. Ya me he referido, más arriba, a un análisis de las huellas de los relatos caballerescos en las *Andanzas* del viajero andaluz (cf. nota 10), y he abordado, ciertos rastros de la *novella* en el episodio del Marqués de Ferrara que hizo ajusticiar a su mujer y su hijo de otra unión, al descubrir el adulterio³⁴. Entiendo que es preciso continuar deteniéndose en los cruces con otros discursos como, en este caso, el cronístico.

Quiero hacer algunas aclaraciones antes de concluir. En primer lugar, subrayo que no considero que las relaciones de las crónicas y otros universos discursivos con los relatos de viajes medievales, circulen en una sola dirección, como si los primeros fueran hipotextos y los segundos, hipertextos. Por el contrario, a mi juicio, se trata de una relación horizontal de diálogo, con intercambio de influencias mutuas. Es una situación que ya puede comprobarse, por ejemplo, en el siglo xiii, con testimonios de las embajadas *ad tartaros* como la *Historia Mongolorum* de Juan de Plan Carpino, el *Itinerarium* de Guillermo de Rubruquis, las cartas de Juan de Montecorvino, y el *Itinerarium* o *Relatio* de Odorico de Pordenone, cuyos materiales continuaron propagándose a través de otros universos de discurso. Así, la obra de Rubruquis fue utilizada por Roger Bacon en su *Opus Maius*, la de Plan Carpino, por Vicent de Beauvais en el *Speculum Historiale*, y la de Pordenone, por el *Libro de las Maravillas* de Juan de Mandeville³⁵.

La última observación es que el modelo formal que he propuesto para el género «relato de viajes» me ha resultado rentable, como he dicho al principio, para abordar el análisis de obras que se ubican en coordenadas de producción muy diferentes, como en el ejemplo del *Viaje a Brindisi* de Horacio (cf. nota 33). En el caso de Tafur, el modelo teórico se semantiza por medio de la adquisición de una serie de características que surgen de dichos diálogos con guías de peregrinaje, crónicas, ciertos géneros ficcionales, etc. sin olvidar, por supuesto, los relatos de otros viajeros. Es así que nos encontramos con un texto «bisagra» entre la Edad

recursos el autor reescribe como una despreocupada y placentera excursión de amigos lo que fue una arriesgada embajada para reconstruir las relaciones de los dos señores del mundo, Octavio y Antonio. Pero el autor se concentra en la importancia de la amistad y la sencillez de costumbres, como modo de ensalzar las antiguas virtudes romanas que se atribuía el círculo de Augusto frente al fasto oriental de Antonio. Cf. Sofía M. Carrizo Rueda, «El *Viaje a Brindisi* y el análisis de diferentes niveles en el relato de viajes», en Pablo Cavallero y otros (eds.), *Koronís. Homenaje a Carlos Ronchi March*, Buenos Aires, Instituto de Filología Clásica, Universidad de Buenos Aires, 2003, pp. 253-266.

34. Sofía M. Carrizo Rueda, «El concepto de “castigo sin venganza” a la luz de una nueva fuente para el drama loopesco», en Christoph Strosetzki (ed.), *Actas del V Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro (AISO)*, Madrid, Iberoamericana – Vervuert, 2001, pp. 302-307.
35. Respecto a las embajadas, los informes y sus influencias en otros discursos, cf. Enrico Menestò, «Relazioni di Viaggi e di Ambasciatori», en Guglielmo Cavallo, Claudio Leonardi, Enrico Menestò (dirs.), *Lo spazio letterario del Medioevo*. 1, *Medioevo latino*, Roma, Salerno Editrice, 1994, vol. I (in due tomi), t. II, pp. 535-600 (pp. 568-589).

Media y la modernidad. Un paradigma discursivo que resultó, básicamente, de los amplios desplazamientos y las interrelaciones de los países con mayor actividad viajera durante los siglos bajomedievales, y fluyó más allá de sus límites históricos. Al respecto, me parece de sumo interés, la normativa para un diario de viaje expuesta por Roger Bacon en uno de sus *Ensayos* (1597)³⁶. Se trata de uno de los varios ejemplos que testimonian uno de los señalamientos formulados por Garrido Gallardo acerca de la consolidación de los rasgos específicos de un género: «podrán ser encontrados una y otra vez en diversas obras que, con posterioridad, han transitado por el mismo camino»³⁷.

36. Sofía M. Carrizo Rueda, «Tensiones, permanencias, y mutaciones en una “poética” de los relatos de viaje medievales», en Patrizia Botta (ed.), *Rumbos del Hispanismo en el umbral del cincuentenario de la Asociación Internacional de Hispanistas (AIH)*, Roma, Bagatto Libri, 2012, vol. II, pp. 202-209.

37. Cf. Garrido Gallardo, *Nueva introducción...*, pp. 312.